

723-724 OPUSCULUM CUADRAGÉSIMO QUINTO. SOBRE LA SANTA SIMPLICIDAD QUE DEBE PREFERIRSE A LA CIENCIA QUE INFATUA.

ARGUMENTO.

Consola a Ariprandus, un monje que no cultivó su intelecto con disciplinas liberales en el mundo, y muestra que el deseo de saber es el origen de todos los males; que la ciencia misma, especialmente cuando está separada de las virtudes cristianas, es perjudicial para quienes la profesan e inútil para los demás; mientras que la santa simplicidad es segura y muy útil. Por lo tanto, lo exhorta a que, si desea saber algo de manera útil, se acerque a Dios a través de la contemplación de las cosas divinas.

Al hijo de santa esperanza ARIPRANDUS, PEDRO, pecador y monje, afecto de amor paternal.

Es un siervo muy ingrato aquel que, después de recibir armas o espadas de la liberalidad de su señor, se ciñe con esas mismas armas y se levanta inmediatamente en guerra contra su señor: es culpable de traición el soldado que, enriquecido con dones imperiales, afirma que le conviene más la corona que la clientela de sujeción u obediencia. Confíesas, hijo mío, que eres frecuentemente atacado y que soportas la oscuridad de pensamientos hostiles, porque, teniendo un corazón dócil y muy dispuesto a aprender, buscaste la sabiduría ciega de los filósofos antes de acceder a la verdadera luz: volaste al desierto, siguiendo las huellas de los pescadores, antes de sudar en los estudios, no diré de las artes liberales, sino de las necesidades.

[SOBRE LA SANTA SIMPLICIDAD QUE DEBE PREFERIRSE A LA CIENCIA QUE INFATUA.]

CAPÍTULO PRIMERO. Cuán pernicioso es el deseo de ciencia.

Por tanto, esta queja la mereció de ti la divina clemencia, que te otorgó también las gracias de un ingenio más sutil. Sin duda, si en los mismos rudimentos de tu milicia el viejo enemigo te atacó con el mismo tipo de combate con el que, en el mismo inicio del mundo naciente, venció a los primeros padres del género humano. Estas son, en efecto, las primeras palabras de la serpiente a la mujer, con estos silbidos el dragón más horrible destiló veneno en su corazón: «Sabe Dios, dijo, que el día que comieres de él,» sin duda del fruto, «se abrirán vuestros ojos:» y, «seréis como dioses, conociendo el bien y el mal (Gén. III).» He aquí, hermano, ¿quieres aprender gramática? Aprende a declinar a Dios en plural. Pues el doctor artífice, mientras establece la nueva arte de la obediencia, introduce al mundo una regla de declinación inaudita para adorar a muchos dioses. Además, quien planeaba introducir todas las hordas de vicios, colocó el deseo de ciencia como líder del ejército, y así, tras ella, introdujo en el mundo infeliz todas las turbas de iniquidades. ¿Qué, entonces, es de extrañar si en el hijo de Eva aún lanza el mismo dardo que el antiguo enemigo arrojó contra la misma Eva? Pues quien ha experimentado no puede desesperar del éxito, mientras inflige a los hijos la misma lucha con la que recuerda haber obtenido la victoria sobre nuestros padres.

Pero como nuestro Redentor es pastor, no de perros o lobos o fieras rugientes, sino de ovejas, y no solo de ovejas sino también de corderos, no es lícito, te ruego, que el pastor sostenga la vara de censura sobre su rebaño, y que lo destine a la mesa o al pasto según su voluntad. Pues también el Señor en las ceremonias legales manda inmolar a veces bueyes, a veces becerros, a veces carneros, a veces corderos de un año.

CAPÍTULO II. Por qué Dios llama a algunos jóvenes y a otros ancianos.

Por tanto, si el poseedor hace de su rebaño lo que quiere, ¿cómo no le fue lícito a tu Creador ponerte a ti, como un cordero tierno, en la mesa de la refección, y reservar al resto del rebaño en los pastos de la vida exterior: para que ya te introduzca en sus entrañas con una cierta familiaridad especial, mientras espera con la moderación de una piadosa dispensación el momento de convertir a los demás? Pues Samuel, siendo un niño, como un cordero tierno, con tres medidas de harina y una ánfora de vino, es puesto en la mesa del Señor, cuando es dedicado por sus padres al sacerdote Heli y al templo de Dios que estaba en Silo (I Sam. I). Juan Bautista, no solo él mismo cordero, sino que iba a predicar al Cordero que quita los pecados del mundo, es elegido del rebaño de la casa sacerdotal y se dirige al desierto (Luc. III; Juan I, etc.); para que el Señor, como en un banquete de manjar suave, se deleite en él. Pues no se eligen hombres para la milicia espiritual solo por su propio arbitrio; sino que quien los inspira para que se conviertan a él, dispensa sobre ellos cada momento de edades y tiempos; para que atraiga a unos a sí ya maduros por la ancianidad, a otros robustos por el vigor del crecimiento juvenil; a estos los tome en el primer florecimiento de la adolescencia, y a aquellos los introduzca como polluelos sin plumas desde el mismo inicio de la infancia lactante. Achías, ciertamente, ya cegado por la extrema ancianidad, pero con la serenidad del ojo profético, ve a la esposa de Jeroboam que se acerca de lejos: «Entra, dice, esposa de Jeroboam, ¿por qué finges ser otra? Yo he sido enviado a ti con un mensaje duro (I Reyes XIV).» Ezequiel, a la edad de treinta años, estando junto al río Chobar, es promovido al oficio de dispensar la gracia profética (Ezeq. I). David, apenas en el primer florecimiento de la adolescencia, es elegido de entre los rebaños de la sujeción paterna, y promovido a tocar el salterio de la alegoría espiritual y a obtener el cetro del reino (I Sam. XVI). A Jeremías se le dijo: «Antes de formarte en el vientre, te conocí; y antes de que salieras del útero, te santifiqué y te di por profeta a las naciones (Jer. I).» ¿Y por qué enumerar más? Pues quien encendió a Eleazar, ya frío por la senil frialdad, con el fervor triunfal del martirio (II Mac. VI), él mismo fortaleció a los hijos aún tiernos de la B. Felicidad con la constancia de la fe invicta.

CAPÍTULO III. Por qué Dios instituyó el mundo a través de hombres ignorantes y simples.

Pero tal vez digas: Ganaría a muchos si tuviera la gracia de la predicación, si tuviera abundancia de ciencia literaria. Y yo respondo que también Eleazar podría haber apartado a muchos de la idolatría si viviera (II Mac. VII); los Macabeos y los innumerables mártires de Cristo podrían haber fortalecido a muchos en la lucha de la fe si hubieran decidido diferir los suplicios de la persecución infligida; pero como edificaron más eficazmente soportando los tormentos de las penas que predicando, dejando de lado la palabra, dejaron un ejemplo de imitación para los que vendrían. Tú también provocas más eficazmente a los que te ven apresurarte tras Cristo, que lo que podrías haber promovido a los que te escuchan con cualquier multiplicidad de palabras. Pues Dios omnipotente no necesita nuestra gramática para atraer a los hombres tras él, ya que en el mismo inicio de la redención humana, cuando parecía más necesario para esparcir las semillas de la nueva fe, no envió filósofos y oradores, sino más bien simples y pescadores. Por eso se lee que Sansón tomó la quijada de un asno que yacía y con ella mató a mil filisteos (Jueces XV). ¿Qué es, pues, matar a mil hombres con la quijada de un asno que yace, sino derribar el número perfecto de no creyentes de su estado depravado a través de las lenguas de los humildes y simples, e inclinarlos a la humildad de Cristo por el oficio de la santa predicación? Pues como Sansón se interpreta como sol, después de que este sol resplandeció en el mundo, después de que esparció los rayos de sus

milagros y señales por todo el orbe, pronto sometió los cuellos de todos los que le resistían, y los derribó de la rigidez de su vida de soberbia.

CAPÍTULO IV. Qué se requiere en un predicador.

Tú también, hijo mío, para que obtengas el oficio de predicar, imita el ejemplo del asno, del que se ha dicho, o también de la oveja. Pues cuando vive, balando torpemente, pero muerta canta suavemente en los instrumentos musicales: así también los que viven carnalmente pueden balar vanamente con las ovejas, pero no pueden cumplir con eficacia el oficio de predicador. También dice el Profeta: «Alabad al Señor con tamboril y coro (Sal. CL).» Pues el cuero no suena, a menos que el humor lo abandone dejándolo seco. Si, por tanto, deseas que tu tamboril o cuerda emita un sonido claro en los corazones de los oyentes, que todo humor de vida carnal se desvanezca de ti, que tu mente se seque de todo flujo de lujuria pruriente. Pues el frío concreto en el pecho suele interceptar la voz. Si, por tanto, deseas entonar la palabra de Dios con voces claras, cuida que la llama del amor divino no se enfríe en ti, que el frío del príncipe sentado en el Aquilón (Isa. XIV) no se te acerque. Este frío, en efecto, ya lo había concebido aquel que, al Señor paseando al soplo del paraíso después del mediodía, respondía con voces de algún modo roncas: «Oí tu voz, dijo, y temí, porque estaba desnudo, y me escondí (Gén. III).» Pues como ya se había ido de él el fervor meridiano, también el soplo es madre del frío. A esto se añadía que ya la inocencia perdida lo había desnudado. ¿Qué otra cosa insinúan todas estas cosas, sino que el frío del amor extinguido había oprimido sus entrañas, y por eso su voz sonaba ronca en los oídos del Señor? Este frío ya había entorpecido a Heli el sacerdote, quien decía a sus hijos: «No es buena, hijos míos, la fama que oigo, que hacéis transgredir al pueblo del Señor (I Sam. II).» Pues como el frío había cerrado la garganta de este predicador al amor del Señor, por eso su voz, de algún modo ronca, no sonaba eficazmente en los corazones de sus hijos. Si, por tanto, deseas tener una voz que resuene en las predicaciones o sea eficaz en las oraciones, esfuéstrate siempre para que el fervor divino te encienda, no sea que el frío intercepte tu voz. Pues la oración o predicación de una mente fría no es admitida, y como una voz ronca no es escuchada. De este frío estaba ciertamente ajeno Abraham, de quien la Escritura pronuncia: «Porque el Señor se le apareció en el valle de Mambré, sentado a la puerta de su tienda en el mismo fervor del día (Gén. XVIII).» Y aquel esposo celestial, como se dice en los Cantares, apacienta y reposa al mediodía (Cant. I). En verdad, cuando el agudo de tu corazón te mueve a la queja, ¿qué otra cosa haces sino que luchas contra Dios con las mismas armas que Dios te concedió? Y como no es un pequeño crimen ser ingrato a Dios, debes temer con temor que no te levantes contra Dios en tiranía desde donde debías haberle dado acción de gracias; y mientras deseas desmesuradamente la ciencia que infla, ofendes insensatamente la caridad que edifica (I Cor. VIII). Pues ¿qué sabes si el omnipotente Dios, dispensador de méritos, te otorgó la agudeza y agilidad de un ingenio más sutil para mostrarte ya de algún modo un signo de futura recompensa; y compensó con la agudeza de una mente vivaz aquella ciencia que despreciaste por amor a él? Pues como las letras nacen del sentido, no el sentido de las letras, quien tiene el sentido intacto no requiere letras. En el juego literario, donde los niños reciben los primeros elementos de la voz articulada, algunos son llamados abecedarios, otros silabarios, algunos nominarios, y otros calculadores; y cuando escuchamos estos nombres, inmediatamente reconocemos el progreso en los niños.

CAPÍTULO V. Cómo el Espíritu Santo nos enseña.

A quien, por el don del Espíritu Santo, se le abre el entendimiento, porque por el vigor concebido de un ingenio vivaz comprende todo fácilmente, no necesitará mucho de estos grados para aprender. Como se dice de aquellos tres jóvenes: «Porque les dio ciencia y

disciplina en todo libro y sabiduría, pero a Daniel le dio inteligencia de todas las visiones y sueños; de modo que los sabios de Babilonia no alcanzaron su prudencia, y los magos, adivinos o arúspices no se igualaron a ellos en las revelaciones de los misterios celestiales (Dan. I.)»

Pero, dejando a los antiguos, volvamos a los modernos. El beato Benito es enviado a los estudios de letras, pero pronto es llamado a la sabia locura de Cristo; y, porque cambió la escuela por la pía rusticidad, dejó escrito en el capisterio de una mujer lo que los sabios del mundo no pueden expresar en la mesa de la disciplina geométrica o astronómica. Martín ignora las letras; pero este necio e ignorante revive las almas perdidas de tres muertos desde el infierno. Antonio no retórica, pero es leído en todo el orbe, por así decirlo, con letras vitales. Hilarión rechaza a Platón y Pitágoras, y contento con un solo Evangelio, se encierra en la cueva de una celda sepulcral; pero he aquí que manda a los demonios, a quien no adornan los estudios de los filósofos. Si también tú hubieras aprendido estas cosas en el siglo, como lo deseas, tal vez hoy el Señor no te tendría dentro del cordón de su suerte. Pues hay una sabiduría de la que está escrito: «Porque por la sabiduría fueron sanados todos los que te agradaron, Señor, desde el principio (Sab. IX).» Y hay una sabiduría de la que se dice: «No es esta sabiduría descendente de lo alto, sino terrena, animal, diabólica (Sant. III).» Y, ¡oh, cuántos esta misma sabiduría terrena y animal no les concedió un camino próspero, para que cayeran en el peligro de muerte antes de disfrutar de lo deseado!

728 CAPÍTULO VI. Que la sabiduría humana está sujeta a muchos peligros.

Gualterio, ciertamente, fue compañero de mi maestro, a saber, Ivo, quien durante casi treinta años persiguió la sabiduría por los confines occidentales, de modo que viajaba de reino en reino: y no solo penetró en las ciudades, pueblos y provincias de los teutones, galos, sino también de los sarracenos hispanos; pero tan pronto como, habiendo reunido estudios de todo el orbe, por así decirlo, cambió el exilio por la residencia, y ya como en paz comenzó a enseñar a los niños, los partidarios o seguidores de su rival, es decir, de otro sabio necesario, lo mataron simplemente caminando desde las emboscadas: quien, herido por espadas, no pidió sacerdotes, según me han relatado, no hizo confesión o penitencia de lo pasado; sino que hasta el último aliento no dejó de clamar esto solo: ¡Ay, qué pérdida! Pero si se decía algo sobre hacer confesión o cualquier otra cosa, él ya alienado repetía solo esto: ¡Ay, qué pérdida! Este, pues, como araña tejió hilos inextricables de subtrama, como le parecía; pero tan pronto como el viento de la última necesidad los impulsó, inmediatamente todo se disipó en nada. Pues nuestros años, testifica el Profeta, meditarán como la araña (Sal. LXXXIX).

Hugo, clérigo de la Iglesia de Parma, no enumero cuántos dones de utilidad poseía, porque evito el fastidio de un estilo prolijo. Este fue de tal ambición en los estudios de las artes, que se proveyó de un astrolabio de clarísimo plata, y mientras aspiraba al fastigio episcopal, se constituyó capellán del emperador Conrado: de quien, al regresar cargado de promesas reales, y casi seguro de obtener la dignidad, cayó en manos de ladrones. Pues un cierto presbítero en tierras teutónicas, que tenía un seguidor laico, intentó invadir los caballos de aquel. Y cuando él se interpuso diligente, el presbítero lo atravesó con una lanza, y lo mató, y entonces claramente comprendió que nada era lo que había aprendido, pues perdió al mismo tiempo la dulzura de la vida que se burlaba y la dignidad del culmen deseado.

CAPÍTULO VII. De los efectos de la sabiduría mundana.

Además, a menudo sucede que algunos sabios carnales viven más tiempo, y nunca logran encontrar lo que desean. Pues confiados en la vanidad de su sabiduría, mientras esperan que

todo les sea fácil, creen que no necesitan el testimonio de la religión; y mientras alardean de una sabiduría vana, no temen vivir insensatamente. Por lo cual, sus actos son rechazados por los que los observan, su vida es escupida, su conversación es ridiculizada, su fama es manchada, su testimonio es condenado; y por eso, quienes habían propuesto vivir según el deseo de la carne, con la sentencia cambiada en lo contrario, a menudo se ven obligados a carecer, mientras que, por el contrario, los simples y tranquilos abundan en las cosas necesarias. Por eso, el Señor dice por Isaías: «Porque llamé, y no respondisteis; hablé, y no escuchasteis; e hicisteis lo malo ante mis ojos; y elegisteis lo que no quise: por eso, he aquí que mis siervos comerán, y vosotros tendréis hambre; he aquí que mis siervos beberán, y vosotros tendréis sed; he aquí que mis siervos se alegrarán, y vosotros seréis confundidos; he aquí que mis siervos alabarán con exultación de corazón, y vosotros clamaréis por el dolor, y por la contrición del espíritu aullareis (Isa. LXV).»

Hoy ciertamente vive en la ciudad de Roma un hermano, nacido de los más altos nobles de las Galias, cuyo nombre callo, porque me horroriza la ignominia del hermano. No sé si le falta algo de utilidad. Pues resplandece con tantas flores de bienes exteriores: noble como un emperador; hermoso a la vista, como dice Cicerón; como poetiza Virgilio; una trompeta vehemente en la Iglesia; perspicaz y agudo en la ley divina; discutiendo escolásticamente, recorre las palabras del libro como escritas; hablando vulgarmente, no ofende la regla de la urbanidad romana. ¿Qué diré del orden monástico? ¿Qué del magisterio de la disciplina regular? En cuyo conocimiento ha crecido tanto que no puede enseñar eficazmente; pero su vida, ¡ay dolor!, es tal que nadie le envidia, nadie pide introducirlo; y, para no prolongar más el asunto, la puerta monástica para habitar se le cierra al sabio necio: cuyo acceso no se niega por doquier a los rústicos e ignorantes y díscolos. Por eso, con razón dice el hombre sabio: «Mejor es el hombre a quien le falta sabiduría, y deficiente en sentido en el temor, que quien abunda en sentido, y transgrede la ley del Altísimo (Eclo. XIX).»

Quod etiam in mi Señor León se prueba estando encerrado. Pues hemos puesto neciamente al experto, pongamos también sabiamente al indocto. Este León, aunque no haya aprendido letras más allá de los salmos, o algo muy tenue y extremo, supera a cualquier gramático y filósofo del mundo en el conocimiento de las Escrituras y en la profundidad de los consejos espirituales: de modo que cualquiera de nosotros que acudimos a él para consultar sobre cualquier asunto del alma, al recibir su palabra, confiamos como si trajéramos un oráculo del espíritu profético. Pero como te es bien conocido y frecuentemente insertado en nuestras obras, basta con proponer aquí una palabra que recientemente cayó de su boca como por descuido, pero que yo no pude escuchar descuidadamente. Pues cuando entre otros capítulos de vivir espiritualmente indagaba diligentemente: Si después de cumplido el oficio de la sinaxis nocturna podía dormir si quería, él afirmó no saberlo en absoluto. Y aunque yo repetía lo mismo con frecuencia, y preguntaba si dormía al amanecer, él respondió que lo ignoraba por completo, porque nunca lo había experimentado. Añadió también que estaba acostumbrado a responder a sus pensamientos: "El corazón se agitará", dijo, "los ojos palpitantes, la boca no cesará de murmurar con frecuentes balbuceos, la cabeza también se inclinará y se dirigirá hacia abajo; pero como todo esto no puede destruirme, no cederé al sueño de este tiempo". Pues también habíamos hecho un dístico sobre este asunto, que no consideramos ocioso insertar aquí: "No rompe el canon quien, cantando de noche, vuelve a dormir: Sin embargo, no ponga su cabeza antes de la sinaxis". Pero ¡ay de mí, miserable! Esto entre mí y el señor León es como lo que ocurrió entre el fortísimo David y el delirante histrión. Aquel, en efecto, había hecho cosas fuertes con sus fuerzas, este canta triunfalmente sus gestas solo con la voz. Aquel, sin duda, se conoce a sí mismo sacrificándose a Dios en el conflicto del sueño; nosotros hacemos versículos a semejanza de niños. Y ¿qué es, pregunto,

que un hombre debilitado en fuerzas y de cuerpo muy frágil haya vivido ya casi setenta años en hábito monástico, y aún ignore si puede dormir al romper el crepúsculo del día? Este, por tanto, es prudente, este verdaderamente debe llamarse sabio, quien, mientras rechaza el mundo con los pies, engaña al mismo príncipe del mundo filosofando.

CAPÍTULO VIII. Que los que se acercan a Dios no necesitan disciplinas humanas.

Por lo tanto, amadísimo hijo, no busques esa sabiduría que pueda convenirte junto con los réprobos y gentiles. ¿Quién enciende una lámpara para ver el sol? ¿Quién usa lentes para ver el brillo de las estrellas titilantes? Así, quien busca a Dios o a sus santos con sincera mirada, no necesita luz extraña para contemplar la verdadera luz. Pues la verdadera sabiduría se revela a quienes la buscan, y sin la ayuda de una luz adulterina, se muestra con su resplandor inmarcesible. Por eso está escrito: "Es clara siempre, y nunca se marchita la sabiduría; y fácilmente se ve por quienes la aman; y se encuentra por quienes la buscan: se anticipa a quienes la desean, para mostrarse primero a ellos (Sab. VI)". Busca, pues, esa sabiduría, abrázala ardientemente con todas tus entrañas, de la cual no solo puedas saber, sino también vivir, y por ella gozar sin fin. En Dios, por tanto, que es la verdadera sabiduría, establece el fin de buscar y entender: medita en Él asiduamente, en Él descansa continuamente. A quien, en el mismo libro de la Sabiduría, se dice: "Conocerte a ti es la justicia consumada; y saber tu justicia y virtud es la raíz de la inmortalidad (Sab. XIII)". En Él, pues, fija toda la mirada de tu mente, de esa fuente de sabiduría toma el sorbo del pecho sediento, para que en tus entrañas, habiendo concebido el vigor de esa bebida vital, tú mismo florezcas continuamente con el rocío de la gracia celestial, y transfundas a otros las corrientes de un manantial irrigante. Y ruego que Dios omnipotente, a través de ti, ofrezca a tus hermanos lo que prometió a sus pobres por medio de Isaías: "Los necesitados y pobres buscan agua, y no la hay; su lengua se seca de sed. Yo, el Señor, los escucharé, el Dios de Israel no los abandonaré (Isa. XLI)". Donde sigue inmediatamente: "Abriré ríos en las colinas desiertas, y en medio de los campos fuentes; convertiré el desierto en un estanque de aguas, y la tierra árida en corrientes de aguas (Ibid.)".

Por tanto, hijo carísimo, te has ofrecido a ti mismo como un cordero tierno, y los demonios que vuelan por el aire te atacan, para que o bien arrebaten lo que ofreces de tus manos, o lo corrompan con la inmundicia de pensamientos perversos; tú, como Abraham, ahuyenta las aves que se abalanzan, para que puedas guardar tu holocausto inmaculado e íntegro (Gen. XI). Sin duda, de su aljaba se extrae la flecha envenenada de este pensamiento, para que envidies los estudios de letras de tus coetáneos que permanecen en el mundo, y en esto los consideres cautos y previsores, y a ti mismo engañado y necio, como si, si tú también lo hubieras hecho, ofrecieras entonces a Dios una ofrenda más grata de tu conversión: pero todo esto lo ofreciste verdaderamente a Dios, despreciando adquirirlo por amor a Él, apresurándote hacia una mejor y permanente sustancia. Es mejor, sin embargo, ofrecer todo de una vez, que dispensarlo parcialmente. Así como es mejor dar una oveja que los frutos de la oveja, así es más loable ofrecer toda el arte a Dios de una vez, que los frutos del arte. El César Juliano y el mártir Donato aprendieron al mismo tiempo. Y aquel permaneció en los estudios, este siguió las huellas de la verdad. Pero aquel floreció tan felizmente en su sabiduría, que escribió ocho libros contra los Galileos (así llama a los cristianos o apóstoles) y el Evangelio; Donato, sin embargo, fue insensato, para penetrar el cielo con la gloria del martirio triunfal. Juan el evangelista casi no aprendió nada en el mundo, pero, despreciando las astucias de los oradores y dialécticos, se trasladó de niño a la simpleza de Jesús. Sin embargo, cuando en el principio de su libro entona terriblemente el misterio de la luz suprema, inmediatamente la ciega sutileza de los filósofos se oscurece en la tenebrosa profundidad de sus estudios. Además, el papa Gregorio el Grande alaba la disciplina del arte gramatical en sus epístolas

solo hasta el punto de negar que conviene a los cristianos (GREG. MAG. Reg. lib. IX, epist. 45). Jerónimo es llevado ante los tribunales temibles, es azotado con flagelos atroces: sin embargo, no se le imputa otro crimen que el del nombre ciceroniano. Se consagra a sí mismo a ser castigado con esta venganza si leyera libros seculares en adelante, como si negara a Cristo por el sacrilegio de la apostasía. Pues se le decía: "Eres ciceroniano, no cristiano". Y él: "Si leo libros seculares en adelante, te he negado (JERÓN. epist. 22 de custodia virgin)". ¡Sabiduría bastante honesta y útil! Sin duda, que se compara con la negación de Cristo, que se equipara a la perfidia herética; de modo que leerla equivale a negar a Dios. Si, por tanto, aquel que había aprendido esa doctrina terrenal es contenido en su uso; cuánto más quien aún no la ha experimentado, es prohibido en su acceso. Si aquel es contenido de lo conocido, cuánto más cautelosamente debe ser reprimido este de lo que debe aprender. Te sientas, hermano, a la mesa de Dios, que te basten los manjares del elocuente celestial. Rechaza la cizaña, que embriaga las mentes de los comensales insensatos; recibe el trigo, que confirma las almas hambrientas con sobria refección. Que las fauces de tu alma no desprecien el alimento de la comida vital, sino que rechacen las necedades de la falsedad y las trivialidades de las vanidades. Que el Dios omnipotente, dulcísimo hijo, te instruya con la doctrina de su ley, para que tu corazón sea iluminado con la luz de la verdadera sabiduría; que reciba de tus manos el holocausto de la víctima viviente, y te lleve a los incrementos de las virtudes espirituales; que te conceda permanecer siempre en Él, y que Él mismo descansa deleitadamente en tus entrañas, para que, como Él ha prometido, como un sarmiento en la vid, nunca dejes de brotar los retoños de la obra piadosa. Amén.

Bendito sea el nombre del Señor.